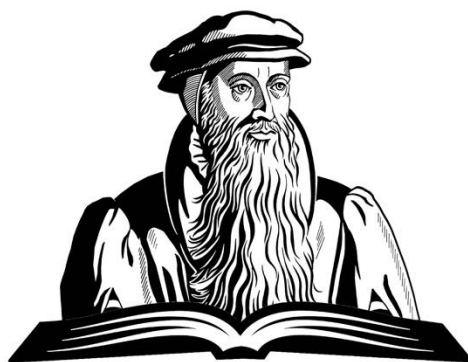


MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA: EL CATECISMO MENOR DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 28: LAS BENDICIONES DE LA SALVACIÓN EN LA MUERTE

Pregunta 37



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamamiento eficaz - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Las bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
- 28. Las bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37**
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

28 LECCIÓN

LAS BENDICIONES DE LA SALVACIÓN EN LA MUERTE

P. 37. *¿Qué beneficios reciben los creyentes de Cristo en la muerte?*

R. Las almas de los creyentes, en el momento de su muerte, son hechas perfectas en santidad y pasan inmediatamente a la gloria; y sus cuerpos, aún unidos a Cristo, descansan en sus tumbas hasta la resurrección.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 28:

El creyente tiene muchos enemigos en esta vida. Aunque esta es una afirmación seria, el creyente tiene grandes motivos para estar confiado. Ningún creyente debe confiar en sí mismo, ni siquiera frente al más pequeño de sus enemigos. Sin embargo, todo creyente debe tener confianza, aun frente al más grande enemigo. Esto se debe a la gracia de Dios para con cada creyente individual. Uno de esos enemigos que, encuentra a todo ser humano, aterroriza a algunos, y puede alarmar y entristecer incluso al creyente más experimentado, es la muerte. La muerte puede ser difícil para nosotros. Por supuesto, todo lo que conocemos, por experiencia personal en el presente, es la vida. Podemos experimentar dolor o enfermedad, pero mientras estemos vivos, no experimentamos la muerte en sí. Muchos de nosotros hemos asistido a funerales. Algunos incluso han estado presentes cuando otro ser humano ha fallecido. Sin embargo, ninguno de nosotros puede hablar de su propia experiencia con la muerte. Lo que sí sabemos, al verla en otros, es que, al morir, el cuerpo deja de funcionar como lo hacía en vida. Aunque el cuerpo

permanece, la persona ya no respira. Su corazón deja de latir. Su vida física en este mundo ha terminado. Esto, por supuesto, es muy triste para nosotros, especialmente cuando alguien que amamos fallece. También puede ser aterrador para nosotros cuando pensamos que podríamos estar acercándonos a la muerte. No obstante, el creyente tiene buenas noticias con respecto a este último enemigo. La Biblia nos dice que el creyente no solo recibe beneficios de Cristo en esta vida, o para la vida venidera, sino que el creyente también recibe beneficios de Cristo en la muerte.

Notemos nuestra pregunta de hoy, la pregunta 37 del Catecismo Menor: «¿Qué beneficios reciben los creyentes de Cristo en la muerte? — Las almas de los creyentes, en el momento de su muerte, son hechas perfectas en santidad y pasan inmediatamente a la gloria; y sus cuerpos, aún unidos a Cristo, descansan en sus tumbas hasta la resurrección».

Un término clave que debemos enfatizar aquí es la palabra «creyentes». Un creyente es aquel que cree, es decir, alguien que confía en Jesucristo como su Salvador. Recordemos cómo la pregunta 31, sobre el Llamamiento Eficaz, lo expresa cuando nos dice que el Espíritu de Dios llama eficazmente, y lo hace persuadiéndonos y capacitándonos para aceptar a Jesucristo, quien es ofrecido libremente a nosotros en el evangelio. Un creyente no es alguien que simplemente reconoce que Jesús es el Salvador. Un creyente es alguien que confía, que abraza, que recibe y descansa en Él para su propia salvación. Una pregunta posterior lo expresa de manera simple y hermosa, cuando dice: «La fe en Jesucristo es una gracia salvadora, por la cual lo recibimos y descansamos en Él solamente para salvación, tal como nos es ofrecido en el evangelio». Este punto es importante si queremos entender quiénes son los que reciben beneficios de Cristo en la muerte: solo aquellos que son creyentes, es decir, solo aquellos que han recibido y descansado en Cristo y solo en Cristo para su salvación.

Habiendo entendido bien esto, tomemos los puntos principales de nuestra lección. Primero, *la separación en la muerte*; segundo, *la perfección en la muerte*; y tercero, *el descanso en la muerte*.

1. La separación en la muerte

Primero, entonces, *la separación en la muerte*. ¿Qué es lo que ocurre en la muerte? Admitimos que hay mucho que es un misterio para nosotros. Ninguno de nosotros ha experimentado personalmente la muerte, y no obstante estamos agradecidos de que Dios, quien conoce todas las cosas, nos ha dado entendimiento sobre los aspectos principales de la muerte. Cuando consideramos lo que sucede en el momento de la muerte para un ser humano, es importante recordar qué es un ser humano. Un ser humano está compuesto por un cuerpo físico y un alma espiritual. Recordemos que cuando Cristo se hizo hombre, tomó para sí un verdadero cuerpo y un alma racional. Mientras un ser humano vive en esta vida, su cuerpo y su alma están unidos de manera misteriosa y maravillosa. Tenemos cuerpos físicos que operan en este mundo, y, sin embargo, tenemos un alma no física o espiritual que está unida a nuestro cuerpo. Encontramos un mundo de cosas maravillosas al pensar en cómo nuestra alma y nuestro cuerpo se conectan e interactúan entre sí, algo que, en sí mismo, es invisible, y sin embargo, los efectos de esa unión son evidentes a cada momento. Aunque tenemos muchas preguntas, podemos entender que existe una conexión entre ambas cosas. Cuando pensamos y sentimos ciertas cosas en lo que llamamos «nuestras emociones», esto a menudo tiene un impacto en nuestro cuerpo. De la

misma manera, cuando nuestro cuerpo experimenta ciertas cosas, como el dolor físico o el daño, esto afecta a nuestra mente y a nuestra alma.

Entonces, ¿cómo se relaciona todo esto con la muerte? De esta manera: en la muerte, esta conexión entre el cuerpo y el alma se rompe, es decir, el cuerpo y el alma se separan. Este puede ser un concepto abrumador, por supuesto. Y, sin embargo, lo vemos claramente en la muerte de Jesucristo en la cruz. Observemos las palabras de Jesús en Lucas 23:46: «Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró». Observemos que su cuerpo está en la cruz. Él dice que está «encomendando», es decir, está entregando, o presentando, enviando su espíritu. Y una vez que dijo esto, «expiró». Esta expresión significa que murió, o que exhaló su último aliento. Así que, sus palabras justo antes de morir entregaron su alma a su Padre en los cielos. Y una vez que exhaló su último aliento, su cuerpo y su alma se separaron. Sin embargo, su cuerpo humano, ya muerto, permaneció en la cruz, mientras que su alma humana fue recibida en la presencia de su Padre en los cielos.

Debemos saber que esto es verdad tanto para creyentes como para no creyentes, todo esto en cuanto a la separación del cuerpo y el alma. En la muerte, las almas de los creyentes y los no creyentes se separan de sus cuerpos. Sin embargo, como veremos en nuestro siguiente punto, hay una diferencia tremenda entre las almas de los creyentes y las de los no creyentes desde ese momento en adelante.

2. la perfección de la muerte

En segundo lugar, la perfección en la muerte. Acabamos de notar que tanto las almas de los no creyentes como las de los creyentes se separan de sus cuerpos al morir. Pero, ¿qué sucede con ellas? Notemos que el Catecismo dice: «Las almas de los creyentes en su muerte son hechas perfectas en santidad». Así que enfoquémonos en esta verdad por un momento. Recordemos que cuando hablamos del alma humana, nos referimos a esa parte de la naturaleza humana que tiene conciencia, que piensa, comprende, desea y experimenta afectos. Pues bien, notemos ahora que la Biblia enseña que en la muerte, el creyente disfrutará de la perfección de su alma; esa parte espiritual y consciente de lo que es será perfeccionada. En Hebreos 12, a la iglesia se le recuerda de las cosas celestiales. Observa, en el versículo 22: «Sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, y a la compañía de muchos millares de ángeles; a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, y a Dios, el Juez de todos, y a los espíritus de los justos hechos perfectos». ¡Qué expresión tan maravillosa! Hay muchas cosas que merecen nuestra atención, pero para nuestra lección, fijémonos en esa expresión: «los espíritus de los justos hechos perfectos», es decir, las almas de los hombres justos perfeccionadas. Eso es lo que hay en el cielo. En el cielo, por supuesto, está el Dios glorioso y viviente, que es el enfoque de toda la esperanza de los santos. También está la innumerable compañía de ángeles. También están las almas de los creyentes, aquellos que han muerto, y sus almas han entrado en el cielo; y sin embargo, se nos dice que sus almas son perfeccionadas.

Oh, cuánto gime el creyente en esta vida presente por su pecado restante. ¿Hay algo más doloroso para el creyente que su propio pecado? Pablo conocía esta aflicción y lucha. Él escribió sobre ella en Romanos 7, versículos 21 al 24: «Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo

otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?». Observa que este es el apóstol Pablo, y aún así está luchando con su propio dolor por su propio pecado, deseando una liberación mayor. Esto nos recuerda que el mejor de los cristianos en esta vida aún tiene pecado remanente. Juan escribió sobre esto de manera simple, en 1 Juan 1:8: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros». Por supuesto, nos regocijamos en la sangre de Cristo, porque la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado. Y también damos gracias porque Dios está obrando ahora, haciéndonos cada vez más santos, y esto a lo largo de toda nuestra vida en este mundo. Sin embargo, seguimos anhelando estar sin la más mínima impureza en nuestros pensamientos y deseos.

Y esto es un consuelo. Esto es lo que el creyente recibe en la muerte. Esto es lo que significa cuando el Catecismo dice: «Las almas de los creyentes, en el momento de su muerte, son hechas perfectas en santidad». ¿Y cuándo ocurre este cambio? Bueno, es en el momento de la muerte. En el mismo instante en que uno muere, el alma es transformada y recibida en el cielo. No hay demora, no hay un lugar de espera para las almas de los creyentes. Ciertamente no hay purgatorio, donde los creyentes deban expiar las consecuencias restantes de sus pecados. Todos sus pecados han sido limpiados por la sangre de Cristo. Y ahora sus almas son perfeccionadas en santidad. Observa como menciona Jesucristo esta simple verdad al ladrón que creyó en Él en la cruz, en Lucas 23:43: «Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso». Apenas unos momentos antes, este ladrón había estado burlándose y ridiculizando a Cristo. Pero por la gracia de Dios, él fue traído a la fe en Jesús. Y tan pronto como eso sucedió, Dios pronunció estas palabras de paz. No solo le dijo que sus pecados fueron perdonados, lo cual es una inmensa bendición, sino que él estaría con Cristo en el paraíso ese mismo día. No sabemos todo sobre los pecados y crímenes de este ladrón, pero sí sabemos que lo que le sucedió en el mismo instante en que murió fue que entró en el cielo, y su alma fue perfeccionada. Y esto lo sabemos porque Cristo dijo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Él no tuvo que esperar. No necesitó sufrir por los castigos temporales que merecía por su vida de pecado. Él fue llevado inmediatamente al paraíso con Cristo. ¿Cuándo sucedió eso? En la muerte.

En Filipenses 1:21, Pablo pudo escribir: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia». ¿Por qué esto sería ganancia para Pablo? No era por que él dejaría de existir. Eso sería algo mucho peor, ya que mientras vivía, estaba en comunión con Dios. Más bien, es como él mismo lo dice en el versículo 23, dice: «Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor». Así que, él sentía una lucha interior en su alma. Por un lado, deseaba vivir para Cristo y servir a Su pueblo en este mundo. Ese era su gran gozo en esta vida. Sin embargo, por otro lado, veía que la muerte lo conduciría a una comunión más íntima y gloriosa con Cristo. «Partir», decía, «y estar con Cristo». Pues bien, esta confianza que Pablo expresó no era solo para él. Es para todo creyente. Por eso, en 2 Corintios 5:8, Pablo escribe: «Confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor». Verás, todo creyente tiene la seguridad de que, una vez llegue la muerte, su alma estará presente con el Señor.

El Catecismo no aborda esto directamente, pero vale la pena notar que las almas de los incrédulos entran instantáneamente en la agonía de sus tormentos espirituales en el infierno. Solo las almas de los creyentes entran de inmediato en los gloriosos gozos de sus delicias

espirituales en el cielo. Vale la pena recordar que este cambio bendito y glorioso es solo para el creyente. Los incrédulos también experimentan un cambio en la muerte. De hecho, sus almas se separan de sus cuerpos; sus almas no dejan de existir, sino que su alma experimenta un cambio, tal cambio en el cual experimentan el tormento inmediato y eterno de sus almas en el infierno. Y lo que es aún más agonizante es que están esperando la resurrección de sus cuerpos, cuando sus almas y cuerpos serán reunidos y arrojados al lago de fuego, donde habrá lloro y crujir de dientes por siempre. Es una verdad solemne. Hay un cambio que ocurre tanto para el creyente como para el incrédulo, y sucede inmediatamente en la muerte. ¡Oh, por la gracia de Dios, que seamos creyentes!

3. El descanso en la muerte

Pasemos ahora a nuestro último punto: El descanso en la muerte. Podrías verte tentado a pensar que la perfección del alma del creyente en el cielo es el único beneficio que este recibe al morir. Después de todo, su cuerpo se desintegra en este mundo. Pero hay algo más que es de gran consuelo, y notemos las palabras del Catecismo: «y sus cuerpos, aún unidos a Cristo, descansan en sus sepulcros hasta la resurrección». Es cierto, los cuerpos de los creyentes quedan sin vida una vez que ocurre la muerte. Comienzan a descomponerse y a desintegrarse. Con el tiempo, solo sus huesos permanecen, y a veces incluso sus huesos se desintegran. Sin embargo, aquí hay una verdad dulce y agradable: los cuerpos de los creyentes permanecen unidos a Cristo. Observa cómo Pablo, en 1 Tesalonicenses capítulo 4, versículos 13 al 14, habla de los creyentes que han muerto. Dice: «Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él». Él dice que están dormidos. Ahora bien, él no es ignorante; él sabe que ellos han muerto físicamente. En el siguiente versículo, él hablará de aquellos que aún están vivos cuando venga Cristo. Pablo simplemente compara la muerte con el sueño. Nos recuerda que la muerte no es definitiva. Así como los que duermen luego se despiertan y se levantan, también los que están muertos se levantarán.

Pero nota que Pablo dice que «duermen en Jesús». Esto es importante, porque todos los que mueren están esperando la resurrección. Como veremos, habrá una resurrección que incluirá a todos los hombres. Sin embargo, en esa resurrección, sucederá la resurrección de los justos (los creyentes, los que siguen a Dios en Cristo); y sucederá la resurrección de los impíos. ¡Y qué cosa tan horrible será ser resucitado para condenación! En otras palabras, todos esperan la resurrección. Pero para el creyente, la tumba se convierte en un lecho de paz, donde aguarda por la gloria de la resurrección. Cristo no abandona sus cuerpos. Él permanece unido a ellos. A veces, nos resulta difícil conciliar el sueño al final del día. Estoy seguro de que todos han experimentado el temor a la oscuridad. A menudo tememos porque imaginamos que cosas malas sucederán en la noche. No podemos ver ni comprender todo lo que nos rodea. Cada sonido puede despertar un temor. Bueno, si alguna vez te ha pasado, probablemente has sentido el consuelo de un ser querido, tal vez una mamá o un papá, que te reconforta y está contigo mientras duermes. Y entonces puedes dormir porque tienes el consuelo de la presencia y el cuidado de tu ser querido.

Creyente, aquí tienes consuelo en ese largo sueño de la muerte. Cristo está contigo. Él recibe tu alma en Su gloriosa presencia, y sin embargo, permanece unido a tu cuerpo, para nunca abandonarlo. Permanecerá unido a él durante los años que queden hasta Su glorioso regreso. Mientras recibe tu alma, transformándola gloriosamente y protegiéndola en la muerte, Él seguirá unido, velando y cuidando de tu cuerpo y, como veremos en la próxima lección, Él lo levantará en gloria en la resurrección.

Al cerrar, permíteme desafiarte a recordar algo muy serio. No es fácil escucharlo, y tampoco es fácil meditar en ello, pero es algo digno de consideración: Tú morirás. Ahora bien, no es un pensamiento ligero, pero es un pensamiento necesario. Por supuesto, deseo que tengas una larga vida en este mundo. Espero que tengas muchas razones para sonreír y reír. Y, sobre todo, espero que llegues a confiar en el Señor Jesucristo como tu Salvador personal, y que le sirvas con todo el tiempo de vida que te quede. No obstante, pase lo que pase en esta vida, sea bueno o malo, llegará el día en que tu vida terrenal terminará, exhalarás tu último aliento, y morirás. Esto significa que es crucial prepararse para ese día. No debes postergar esa preparación, y hay muchas razones para ello; entre las cuales te compartiré dos:

Primero, porque no sabes cuándo llegará ese día. Tal vez vivas otros ochenta años, o tal vez te queden solo ocho minutos. Simplemente no lo sabes. Hay personas que, estando en plena salud y fortaleza, mueren de manera repentina e inesperada por alguna causa desconocida. Por eso es importante prepararse, porque no sabemos cuándo vendrá la muerte.

La otra razón es que Dios nos ha mostrado cómo debemos prepararnos. Él nos dirige hacia la esperanza que nos conforta en la muerte y que nos bendice en ese momento, señalándonos a Jesucristo. Él es el Salvador de los pecadores. Nos dice que, si confiamos en Él, tendremos vida eterna, y que ya sea que vivamos o muramos en este mundo, tenemos la seguridad de paz y gloria por causa de Cristo. ¡Oh, no postergues la preparación para la muerte! Porque al mirar a Cristo obtendrás beneficios, como hemos visto, en esta vida y beneficios, como hemos visto, en la muerte. Él es el camino, la verdad y la vida.

Permíteme concluir brindando consuelo a aquellos que son creyentes. Este es un mensaje para ti. Cristo, tu Salvador, tiene un tesoro preparado para ti en el preciso momento en que tomes tu último aliento. En ese instante, Él perfeccionará tu alma y te recibirá en el cielo. En ese mismo momento, entrarás en el gozo y la gloria más plena que jamás hayas conocido. En ese mismo momento, estarás con Cristo en la gloria. Oh, creyente, sé que la muerte puede ser aterradora. Se le llama «el último enemigo». Pero también sé esto: Cristo es nuestro consuelo. Cristo es fiel. Cristo es bueno. Y cuando sientas que vienen a ti temores acerca de la muerte, recuerda mirar a Cristo, quien murió y venció la muerte. Recuerda mirarlo a Él, quien te recibirá a ti, creyente, en el cielo, quien cuidará de tu cuerpo inerte, y Él será siempre la causa de tu regocijo. Mira a Cristo, y al hacerlo, anticipa con gozo el beneficio que será tuyo en la muerte.

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.